

## En torno a la ideología de Ildefonso Cerdà

Fabián ESTAPÉ

Profesor de Economía. Universidad de Barcelona

**RESUMEN:** Ante la descomunal figura de Cerdà, en pleno siglo XIX, cabe intentar preguntarse quienes pudieron ser los pensadores del «reformismo capitalista» de su época (el llamado por pereza «socialismo utópico» por Marx-Engels) que pudieran haber influido más en la conformación de su pensamiento e ideología económica. Cerdà no debe nada al «falansterismo» del reformista social Charles Fourier (1772-1837), ni de sus discípulos Joaquín Abreu o Cabet. La figura decisiva fue Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), cuyo ideario y doctrina («sansimonismo») otorgaran al ingeniero Cerdà el apoyo para esa visión sublimada de la ciencia, del método científico y de su versión aplicada: la tecnología. Tecnología tanto del vapor aplicado para el transporte por ferrocarril o de la estadística aplicada a la clase obrera, como de la higiene para la vivienda y para la entera urbe rurizada o para un campo urbanizado, llegando a proponer *ex novo* las bases de una ciencia, la «urbanización», como un todo disciplinar que abarcara múltiples disciplinas.

**Descriptor:** Cerdà, Doctrinas económicas, Socialismo, Historia del urbanismo.

### I. INTRODUCCIÓN

Ildefonso Cerdà basó su ideología en el espectáculo que le ofrecía la vieja ciudad de Barcelona; una ciudad plagada de enfermedades, con mortalidad escandalosa y con escasas probabilidades de supervivencia. Barcelona, que fue la ciudad de las preocupaciones de Cerdà, se hallaba en condiciones infrahumanas como las que describiría Pedro Felipe Monlau, que, al hablar de las fábricas textiles de la comarca de Vic, hacía notar que el «látigo no estaba lejos del telar». Cerdà quiso remediar la Barcelona de la «vella ciutat» y dar una nueva perspectiva con la Barcelona nueva, la Nova Ciutat, que permitiría una vida digna de ser vivida. Las calles tenían que poseer la anchura suficiente para que se

pudiera vivir en ellas. No es un detalle sin importancia que en el concurso del Ayuntamiento las calles tuvieran un ancho de doce metros, mientras que en el plano de Cerdà la anchura mínima fuera de 20 metros. Los mismo podemos decir con respecto a la apertura de las manzanas: el jardín era la norma. ¿Tiene o no importancia el hecho de que el Parque del Besós tuviera 3 kilómetros de longitud por 1.500 metros de anchura? Era una verdadera ciudad-jardín la que diseñó Ildefonso Cerdà. Era mucho más que el sueño de los utopistas del siglo XIX: Cerdà fue el hombre del futuro; otra cosa es que la propiedad privada, coaligada con Ayuntamientos conservadores, royeran el gran diseño.

Ildefonso Cerdà, después de un prolongado período de desconocimiento, surgió a la luz del urbanismo moderno

[Recibido: 14.10.98]

—concretamente del generado a mediados del siglo XIX— tan pronto como desaparecieron las «curiosas» circunstancias que habían convertido en un libro *extra commercium* la *Teoría General de la Urbanización*. Rescaldos de la que A. Duran i Sampere denominó la batalla del plano dejaron en manos públicas el conocimiento de la obra pionera del gran urbanista español. El trabajo, conviene recordarlo, fue «ultimado en virtud de la Real autorización de 2 de febrero de 1859, aprobado por Real orden de 7 de junio del mismo año, declarado de utilidad pública para la enseñanza y de aplicación oficial, por Real decreto de 31 de Mayo de 1860, y mandado publicar por Real orden de 20 de diciembre de 1863, a expensas del Estado con fondos especiales votados por las Cortes». La simple lectura del pasaje anterior nos hace comprender hasta qué punto Ildefonso Cerdà encontró dificultades para la impresión —en editorial privada— de la que no sólo constituía la primera versión continental de la *Teoría General de la Urbanización*, sino que, como rezaba el título, se añadía: «y aplicación de sus principios y doctrinas a la Reforma y Ensanche de Barcelona». Por lo visto, ni siquiera la alusión explícita a la Reforma y Ensanche de la Ciudad de Barcelona, ordenadas ya por el correspondiente Decreto de Gobierno de Madrid, bastaron para que se imprimieran las páginas de tan decisiva obra.

Las preguntas sucesivas, con respecto a la chocante decisión de editar la *Teoría General de la Urbanización* con fondos habilitados especialmente por las Cortes, se presentaron, en número creciente, a un economista incapaz de comprender semejante fenómeno. Ciertamente, no me habían llegado en sus dimensiones escandalosas los flecos de la «batalla del plano». Pero no era en absoluto normal que una de las obras capitales del siglo XIX español y catalán tuviera que encontrar «editor» en las filas del centralismo; un centralismo que siempre se nos ha querido vender como un enemigo de Barcelona, de su expansión y de sus anhelos. En un momento determinado tropecé con la obrita de Oriol Bohigas *Del Pla Cerdà al Barraquisme*, y poco después esta circunstancia tan propicia a despertar el

recuerdo, me llevó a la obra editada por el Ayuntamiento de Barcelona con el motivo del I Centenario del Plan de Reforma y Ensanche de Barcelona. Allí se encontraban diversas pistas, pero subsistía el velo, la interposición de la realidad con las tareas realizadas por encargo y, si se me permite la expresión, de mala gana.

Por aquel entonces, había registrado la escasísima presencia de ejemplares de la *Teoría General de la Urbanización*. En cierta ocasión localicé cuatro ejemplares: uno de ellos, cedido amablemente por un compañero, hoy fallecido, profesor Ramón Trias Fargas, que había heredado el ejemplar por ser familiar del ganador del accésit del Ayuntamiento Antonio Rovira Trias.

Todo cuanto pude conocer de la vida y la obra de Ildefonso Cerdà me llevó a una convicción: nos encontrábamos ante una figura descomunal del siglo XIX, responsable de las principales directrices del Ensanche de Barcelona y autor de una *Monografía estadística sobre la clase obrera de Barcelona en 1856* que guardaba un lejano parecido a las relaciones estadísticas que habían transcurrido desde Friedrich Engels (1844) hasta Federico Le Pay. Resultaba imprescindible dar a conocer la *Teoría General de la Urbanización* y esperar que la suerte y la búsqueda incesante a través de los Archivos del Estado completaran el conocimiento de su obra.

Y, lo que son las cosas: si en 1863 fue preciso disponer de fondos especiales habilitados por las Cortes, un siglo después —en 1968— se hacía preciso recurrir al Instituto de Estudios Fiscales, dependiente del Ministerio de Hacienda y dirigido por Antonio Barrera de Irimo, para que se encargaran ni más ni menos que 3.000 ejemplares (los mismos que se habían tirado en 1863), acompañados de un Tomo III en el que se añadió una biografía obra del que suscribe, y una serie de aspectos de gran interés para el conocimiento del tema.

En los años siguientes a 1971, fecha de la publicación del Tomo III de la *Teoría General de la Urbanización*, la pesquisa infatigable en el Archivo de Alcalá de Henares, junto al descubrimiento de trabajos de Ildefonso Cerdà para el Ensanche y Reforma de la Villa de Madrid,

fueron redondeando lo que hace menos de un cuarto de siglo era una pura utopía.

## 2. LA IDEOLOGÍA ECONÓMICA DE ILDEFONSO CERDÀ

La archiconocida –y despectiva– calificación de los socialistas que no habían seguido fielmente las doctrinas del célebre *Manifiesto Comunista*, de fines de 1848, les había relegado al mundo inhóspito de los llamados «socialistas utópicos». Se ha prestado poca atención al inmenso caudal de orgullo que anidaba en Karl Marx y, por contagio, en su «socio» (no sólo en tareas científicas) Friedrich Engels. Todos los opositores al sistema industrial, al capitalismo emergente, quedaban desterrados, lejos del mundo certero de la Ciencia. Y la verdad es que entre los opositores al capitalismo, o quienes pretendían simplemente «humanizarlo», abundaron temperamentos nobles, nada merecedores del desprecio que sobre ellos proyectó la pareja Marx-Engels. En un repaso si se quiere detenido de los denominados «socialistas utópicos», es inevitable que algunos de ellos sintieran el propósito de reformar las condiciones de vida bajo las que tenía que vivir la mayor parte del proletariado.

Un ejemplo al respecto lo ofrece Charles Fourier (1772-1837) quien con la idea fija –propia del desequilibrado mental– de construir unidades de vivienda que denominaba «falansterios» se proponía redimir las miserias de la Humanidad ¿Puede sostenerse siquiera en el plano de la más cruda hipótesis que Ildelfonso Cerdà fuera un fourierista? La respuesta es no, y para ello me basta remitirme al libro documentado del profesor Antonio Elorza *El Fourierismo en España. Selección de textos y estudio preliminar*.

Y esto a pesar de que va siendo cada día más aceptado que el socialismo que se autodenominó «científico» no nace por generación espontánea, y mucho menos cuando el estilo vitriólico de Karl Marx buscaba en la frase, en la expresión demoledora, el ahorro de la discusión serena. No en balde advierte Joseph A. Schumpeter que cuando Karl Marx prorrumpió en una gran carcajada en las

páginas de *Das Kapital*, está ocultando una debilidad de su razonamiento. Charles Fourier perteneció a otro mundo. Nace en Besançon en 1772 en una familia de clase media baja que conoce pronto la pobreza; nuestro héroe interviene en actividades políticas arriesgadas que, si estuvieron a punto de costarle el cuello, le «obsequiaron» con dos años suplementarios de servicio militar. ¡No se conocía entonces la insumisión!

El pensamiento de Charles Fourier discurrió hacia la Reforma Social, pero se trata de una reforma singular en la que, solventado un problema –el de la vivienda–, todos los demás problemas sociales encajaban, uno tras otro, proporcionando a los habitantes de las comunidades ideadas por Charles Fourier (los *falansterios*) la solución de sus necesidades: convivencia, trabajo, alternancia en el trabajo, intercambio sexual, etc. Para Charles Fourier, eran tan obvias las ventajas de la vida en los falansterios que se arrodillaba diariamente a mediodía, en su habitación de París, porque en virtud de sus «cálculos» siempre habría un número determinado de poseedores de capitales de los cuales un porcentaje tendría sentimientos humanitarios y de estos últimos uno –por lo menos– acudiría a prestar su dinero a Charles Fourier.

No es necesario decir que Charles Fourier murió, vestido solamente de frac, de rodillas, según dicen algunos, mientras esperaba al que nunca llegó. La lectura de la organización de la vida en los falansterios oscila entre los efectos cómicos y los efectos dramáticos. Nos encontramos ante el reconocimiento del desequilibrio que produce la repetición de trabajos mecánicos, en una especie de la célebre secuencia de *Tiempos Modernos*. Pero también surgen las reuniones, algunas a medianoche, para que los habitantes del falansterio se cuenten lo sucedido hasta entonces. En uno de sus arrebatos líricos, Charles Fourier prometía que, dado el éxito que obtendría el primer Falansterio, la Tierra se cubriría de ellos y, lo que es más, el agua del mar se convertiría en limonada.

Pero estas exageraciones, y me remito de nuevo al libro de Antonio Elorza e incluso al que publiqué bajo el título de *Introducción al pensamiento económico. Una perspectiva*

*española* no pueden llevar a la conclusión de que en España no hallaran eco las ideas de Charles Fourier. Todo lo contrario puesto que una figura como Joaquín Abreu ha sido justamente denominado como el discípulo español de Fourier. No es preciso alargar el texto; todos los falansterios españoles, sin excepción alguna, concluyeron en el mayor de los fracasos. De nada sirvieron los esfuerzos de los doctrinarios franceses: Considérant, Bazard y Enfantin.

No es éste el camino, desde luego, por donde escrutar la ideología económica de Ildefonso Cerdà. Me veo obligado a remitirme a mi biografía sobre Ildefonso Cerdà y, muy especialmente, al capítulo que versa sobre sus estudios en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Madrid. En la etapa decisiva de la formación de Cerdà predominaba —con la influencia indiscutible de la Escuela y los pensadores franceses sobre la Escuela y los pensadores españoles— una versión muy concreta del que puede denominarse «reformismo capitalista», el cual sólo por pereza puede llamarse «socialismo utópico». La figura decisiva era la de Henri de Saint-Simon. Si de ahí nació un «ismo», éste fue el «sansimonismo».

Saint-Simon, a través de la célebre y atrevida «parábola», demostraba la superioridad, en términos de rentabilidad social, de 3.000 científicos, técnicos y empresarios, con respecto a nobles y cortesanos. No podían dejar indiferente estas ideas a Ildefonso Cerdà, que en 1841 obtenía, en la tercera promoción, su título de Ingeniero de Caminos. Fue en dicha época cuando se produjo la opción de consecuencias incalculables: mientras los ingenieros apostaban por el hierro y las obras públicas, los arquitectos lo hacían por la jardinería y el llamado arte de la composición. ¡Y el siglo XIX fue el de las Obras Públicas y el del Hierro!

### 3. EL DERRIBO DE LAS MURALLAS DE BARCELONA

La sensación popular de que cualquier progreso en la vida de la ciudad de Barcelona dependía del derribo de las murallas, derribo que era multiplicado en su necesidad por el de la ominosa Ciudadela

que había mandado construir Felipe V como uno más de sus Decretos de Nueva Planta. En el período tan alterado que acaba de estudiar Celia Romea Castro en su libro *Barcelona romántica y revolucionaria. Una imagen literaria de la ciudad, década de 1833 a 1843* se producen movimientos populares en los que frecuentemente participa la burguesía y las profesiones liberales para conseguir la libertad ciudadana que de manera general se esperaba al producirse el fallecimiento de Fernando VII. Los vaivenes entre realidad y deseos imprimieron una fuerte dosis de intranquilidad a la década mencionada. Ahora bien, como dice Celia Romea, «el decenio de 1833 a 1843 tiene gran coherencia porque abarca una etapa histórica en la que se transforma un mundo anquilosado y que parecía sin futuro. Transformación pretendida desde distintos ámbitos y en la que pedagógicamente incidieron los autores estudiados, a pesar de que la visión progresista de algunos, de ahí su carácter prometeico, aún no fuera entendida por la mayoría necesaria para que cristalizara como hubiera sido deseable y posibilitara, a buen seguro, modernizar el país tal y como lo consiguieron otros del entorno por esos mismos años. El dinamismo de los ideólogos progresistas de la década de la Revolución burguesa no se corresponden con los resultados obtenidos por la miopía de una burguesía incapaz de prever el progreso del país desde una perspectiva moderna».

La década mencionada es la década en la que los elementos más inquietos de la ciudad de Barcelona, que se había convertido en un núcleo industrial privado de las más mínimas condiciones para una vida humana, se desbordaron en varias ocasiones con unos desórdenes que han sido estudiados con acierto, por ejemplo, por Joaquín DEL CASTILLO en su libro *Las Bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido por el Despotismo Ilustrado*.

Estas Bullangas comienzan prácticamente en 1835 y solían tener una vertiente anticlerical. Sobre lo que acontece en la primera Bullanga, he aquí unos versos de una canción popular catalana que arrancan de que, al atardecer del 25 de julio de 1835, como consecuencia de una corrida

de toros en la que los que debían ser bravos resultaron mansos:

El dia de Sant Jaume de l'any 35  
Hi va haver gran broma dintre el toril;  
Van sortir set toros,  
Tots van ser dolents,  
Això va ser causa de cremar els convents.

En una versión más libresca, la primera Bullanga reza así:

Hubo un caso por Santiago,  
Que en general se aplaudió,  
Fue la quema de conventos,  
Que de frailes nos libró.  
Entonces nació Bullanga,  
Y aquel que le bautizó,  
Lo hizo por espantajo  
Del ser que le quemó.

Durante la década de las Bullangas, Ildefonso Cerdà no tuvo en la Barcelona de su tiempo la actividad que, sin duda, su ideología la habría hecho adoptar. No olvidemos que nuestro hombre había nacido en los días finales del mes de diciembre de 1815 y que después de unos estudios primarios en Vic se trasladó a Barcelona donde cursó materias impartidas en La Lonja. Pero la decisión radical que iba a apartarle de las célebres Bullangas barcelonesas la tomó Ildefonso Cerdà en 1835 cuando decidió ingresar en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, permaneciendo hasta 1841 en la capital del Reino donde siguió las duras enseñanzas del centro.

Pero Cerdà, por el hecho de estar alejado de Barcelona, no había perdido en absoluto sus convicciones ideológicas y políticas. De ello da muestra, como tuve ya ocasión de poner de relieve en mi *Biografía de Ildefonso Cerdà*, en el capítulo relativo a sus relaciones con la Milicia Nacional, el que Cerdà fue uno de los miembros más activos de aquel singular Cuerpo que a lo largo del siglo XIX se movilizaba en defensa de las frecuentes amenazas a la Constitución. Cerdà compaginó en Madrid sus estudios, que en 1841 le convirtieron en ingeniero de caminos, con la pertenencia a la Milicia Nacional en la que por elección propia alcanzó en diversas ocasiones el grado de teniente.

El origen más probable de la ideología de Ildefonso Cerdà sea en mi opinión lo que con el paso del tiempo fue a denominarse «sansimonismo». Y ¿quién fue Saint Simon? Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon, nacido en 1760 y fallecido en 1825, fue, como dice Joseph A. Schumpeter, un «Rouvroy y, por lo tanto, pertenecía genealógicamente hablando a la mejor pero también a la más degenerada sangre de Francia», juicio ciertamente duro que nos lleva a contemplar sus *Oeuvres choisies* (1859), la biografía de Leroy (1925) y, sobre todo, un buen número de libros sobre el sistema sansimonista del pensamiento y sobre las sectas sansimonistas. Como subraya Schumpeter, para un aspecto de especial importancia para nosotros, «me llena de dificultad decir cuál de sus escritos debo recomendar al lector; la pregunta debe contestarse de forma totalmente diferentes según los hombres y sus distintos intereses y gustos». Por lo que a mí respecta, conozco solamente los contenidos de las *Oeuvres choisies*. De forma general, creo que los economistas sacarán provecho ojeando *Du système industriel*, más que de su último y más famoso libro *Nouveau Christianisme* (1825). Tal vez deba mencionar también la *Exposition de la doctrine de Saint-Simon* (1830) de Bazard que es notable por su claridad. Nada necesita ser dicho para nuestros propósitos sobre sus seguidores. Infantin y Bazard fueron los más importantes. Sustancialmente, este genio patológico proporciona otro ejemplo que ilustra la diferencia entre la importancia de un hombre para la historia del pensamiento económico y su importancia para la historia del análisis económico. El nombre de Saint-Simon permanece en la historia del pensamiento económico en virtud de un mensaje de carácter semirreligioso porque sus discípulos convirtieron dicho mensaje, no sin alterarlo en el credo de una secta. Mucho se ha escrito sobre Saint-Simon y su éxito póstumo, no sólo en Francia, sino también en Inglaterra, Alemania y, especialmente, en los Estados Unidos y Latinoamérica. En dichos países, los grupos sansimonistas emergieron, e incluso se desarrolló una moda intelectual sansimonista. Estos núcleos eran de escasa duración, y destacaban su optimismo humanitario y su glorificación de la ciencia

entendida como tecnología, sustancia del industrialismo. A la larga, Saint-Simon y los suyos predicaban la Edad dorada para todos.

La ideología de Ildefonso Cerdà que, según ya vimos, nada le debe a Fourier, puede verse más cercana a la del conde de Saint-Simon porque no sólo se apartaba de una visión exagerada de la solución del problema del trabajo y de la vivienda en los famosos falansterios, sino porque la formación recibida en la Escuela de Ingenieros de Madrid, única existente por aquel entonces en España, le llevaba hacia una postura de sublimación de la ciencia y, como señala Schumpeter, de la versión tecnológica de la ciencia. En mi opinión, la ideología de Cerdà se comprende en las breves páginas de introducción de la *Teoría General de la Urbanización*, pero aún mucho más en el tomo II de la misma obra porque precisamente Ildefonso Cerdà comenzó por aplicar todos los métodos de cálculo para la Barcelona vieja y, sobre todo, para la Barcelona que debería nacer cuando, en 1859, el gobierno del General O'Donnell dejara sin efecto la condición de plaza militar que hasta entonces había tenido Barcelona. Sólo nueve años después, un ilustre catalán, Juan Prim Prats autorizaría el derribo de la Ciudadela con la cláusula resolutoria de que la Ciudadela volvería al Estado siempre que el Ayuntamiento autorizase edificar allí, ya que, como decía, conocía lo bastante a sus paisanos para que se dispusieran a edificar en los terrenos recuperados a su ciudad.

Las cifras de la *Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona en 1856* son estremecedoras. Constituyen, como diría Ildefonso Cerdà, apoyado por su amigo el médico e higienista Pedro Felipe Monlau (más adelante brillante académico de la Real Academia de Ciencias Políticas y Morales de Madrid), la explicación más convincente de la frecuencia de las epidemias y de la morbilidad que relacionaba las condiciones infrahumanas de la vivienda con las posibilidades de supervivencia. Y todo esto sucedía en un conglomerado urbano que la Historia desde comienzos de siglo demostraba que sólo podía solventar su problema elevando la altura de las edificaciones o, sobre todo, apoderándose de los numerosísimos

conventos de la ciudad. Y hay que tener en cuenta que las ocupaciones violentas de los conventos que sucedían a las sucesivas Bullangas, lo eran por vías de hecho ya que de derecho la España del siglo XIX contó únicamente con dos leyes desamortizadoras: la de Mendizábal y la de Madoz. Todo cuanto se desprende de la biografía que publiqué en 1971 sobre Cerdà, a la que cabe añadir la documentación entregada inicialmente al Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Barcelona, induce a creer que Ildefonso Cerdà vio siempre con indignación la ocupación del suelo del gran número de conventos que había en la Barcelona amurallada y, tanto como concejal del Ayuntamiento como en su calidad de Vicepresidente de la Diputación Provincial, hizo todo cuanto estaba en su mano para que los intereses de la comunidad prevaleciesen sobre los de las órdenes religiosas. Volviendo a las palabras liminares de Ildefonso Cerdà en el Tomo I de la *Teoría General de la Urbanización*, recordemos la sublimación que hace de la tecnología cuando describe el movimiento de una máquina en una fábrica; cuando hace alusión a la navegación de vapor y, por último, cuando describe el traslado de una población a otra mediante el ferrocarril. Son ejemplos bien claros de la importancia que atribuía a la ciencia aplicada, es decir, a la tecnología. ¿A quién le puede asombrar que, al dibujar la ciudad del futuro, tuviera en cuenta la anchura de sus calles tanto por cuestiones de salubridad como por la fluidez del tránsito que le llevarían, como suele repetirse tan a menudo, a sugerir el chaflán dada su convicción de que en futuro no muy lejano se inventarían vehículos que necesitarían tomar la curva de forma menos abrupta que la exigida por los noventa grados.

El propio Cerdà, cuando llega al convencimiento de que la sociedad futura exigirá la construcción de ciudades con arreglo a métodos científicos, nos cuenta cuál no sería su sorpresa al no encontrar la bibliografía adecuada. Cerdà tuvo que comenzar creando el término de «urbanización» y aquí, de una manera muy remota, podemos encontrar a una especie de sansimoniano que hizo su idea realidad, que construyó la metodología específica y que se adelantó, como bien sabemos, a

todos sus contemporáneos europeos y americanos.

Debemos pues despejar cualquier hipótesis que pueda emparentar la ideología de Ildefonso Cerdà con la de los fourieristas, los seguidores de «loco no genial» que entrevió la solución de todos los problemas de la Humanidad en la construcción de unidades de vivienda y producción. El estudio de los reglamentos a los que debían someterse hombres, mujeres y niños nos permite concluir que Charles Fourier y sus principales seguidores entraron de lleno en el «reino de los Socialistas Utópicos», definidos por Marx y Engels. Nadie podía negarles su rechazo a la sociedad industrial, al capitalismo, pero los medios «sustitutivos» eran fantasmagorías, algunas veces ni siquiera dignas de este nombre.

Mayor parecido podemos encontrar en el ideario del conde de Saint-Simon porque en este caso se ensalzaba la ciencia, en su vertiente aplicada, es decir: la tecnología. Los seguidores de Saint-Simon fueron muy numerosos y prosiguieron su labor a partir de 1825, fecha del fallecimiento del conde. Son discípulos de Saint-Simon, años después, quienes impulsan y hacen construir el ferrocarril París-Lyon-Mediterráneo. Pero, por meritoria que haya sido la labor de los sansimonistas, no puede compararse con la tarea que supone, como hemos dicho, la construcción de una Ciencia *ex novo*, como el propio Ildefonso Cerdà tuvo que explicar en el prefacio del Tomo I de la *Teoría General de la Urbanización*.

#### 4. CONCLUSIÓN

Cualquier idea que pretenda engarzar las ideas de Ildefonso Cerdà con las de quienes, siendo opuestos a la Revolución industrial, ofrecían una visión *global* de sociedad alternativa, como sucede con los casos de Charles Fourier y sus más que célebres Falansterios, y sus seguidores, entre los que destaca Cabet, por su incidencia en la clase obrera barcelonesa, o los también chocantes ejemplos de sociedad *alternativa* que se desprenden de las ideas del conde de Saint-Simon, incurre en un error manifiesto. En el caso de Fourier, cualquier tratado de historia del pensamiento económica debe admitir que estamos ante un «loco», y no precisamente ante un loco genial. Los sansimonianos están mucho más cerca de la tarea urbanizadora de Ildefonso Cerdà: son los creyentes fervidos en la ciencia aplicada que entreven una sociedad futura en la que la tecnología irá sustituyendo la labor del hombre.

Pero ninguna de las tendencias iguala a Ildefonso Cerdà: el hombre que luchó por la libertad constitucional, que consiguió las informaciones más fiables de la *Monografía de la clase obrera en Barcelona en 1856*, una monografía que llevó al Gobierno con el mayor escepticismo. Ildefonso Cerdà sabía que hacía falta derribar las Murallas de Barcelona y, con el despliegue de su genio, construir una sociedad lo más igualitaria posible. Una ciudad que si no hubiera sido roída por mezquinos intereses habría sido la Primera Ciudad jardín del mundo.

#### BIBLIOGRAFÍA

- CASTILLO, Joaquín del (1999): *Las Bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido por el Despotismo Ilustrado* (ver p. 4).
- CERDÀ I SUNYER, Ildefonso: *Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona, en 1856*.
- CHARLÉTY, S.: *Histoire du Saint-Simonisme, 1825-1864*.
- ELORZA, A. (1975): *El Fourierismo en España. Selección de textos y estudio premilinar de Antonio Elorza*, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975.
- ESTAPÉ, F. (1991): *Introducción al pensamiento económico. Una perspectiva española*. Espasa Calpe, 1991.
- MASON, E. S. (1931): *Saint-Simonism and the rationalisation of Industry*, agosto de 1931.
- ROMEA DE CASTRO, Celia (1994): *Barcelona Revolucionaria y Romántica*. Imprenta de la Universidad de Barcelona, 1994. p. 255.
- SCHUMPETER, J. A. (1954): *History of Economic Analysis*, Oxford University Press, 1954.